

se conjuraron contra él para darle muerte, sin haber podido llevar tan ocultamente su propósito adelante, que Avenabó no lo sintiera ó sospechara. El disimuló, no dando a entender que le hubiese venido á la memoria tal pensamiento, y así pasaba entre mil sospechas y recelos las noches y los días, aguardando á que la fortuna le ofreciese alguna coyuntura mas favorable. La gente de sus banderas andaba ya muy floja; nada se le daba por las armas, y queria mas morir una vez, que pasar por tantas y tan amargas ansias, así del hambre como de los frios y otras muchas necesidades que ocurrían. Andaban ya los turcos muy tristes y licenciosos, estropeando á muchos muchachos y doncellas, sin temor ninguno de los moriscos ni del rey Avenabó, no yéndoles nadie á la mano, porque en ellos estaba el nervio de la guerra contra los cristianos. Dejémoslos aquí siguiendo sus maldades, y á Avenabó poseído de sus recelos y temeroso de la muerte, para decir lo que hizo en Tijola el señor don Juan, insertando antes sobre lo pasado el romance siguiente:

De Baza sale don Juan,  
El de Austria intitulado;  
La vuelta va de Almanzora  
En busca del moro bando.  
El campo llega á Caniles,  
Lugar de Baza cercano,  
Y él pasa con tres mil hombres  
Para descubrir el campo,  
Y la fuerza de Seron  
Que está por el moro bando.  
Al llegar así en Alteza  
No le fué muy bien contado.  
Por llevar tan poca gente  
Para intentar aquel caso.  
Seron está apercebido,  
Lo que no piensa el cristiano;  
Los moros usan de maña  
Por salir mas á su salvo;  
Las moriscas echan fuera,  
Que salgan al des poblado;  
Mas llevaban buena guarda  
De un escuadron bien formado.  
Piensan los nuestros que huyen;  
Arremeten denodados  
Por coger aquella presa  
De moras, que se han mostrado.  
Unos siguen á las moras,  
Otros el pueblo han entrado.  
Comienzan á saquearle,  
Sin tener ningun cuidado.  
Escondidos mas de mil  
Moros allí se han quedado,  
Que cuando vieron la suya,  
Y que estaban descuidados  
Los cristianos en el robo,  
Les dieron muy crudo asalto.  
Matábanlos en las casas,  
Los despojos saqueando.  
Con esto vino el alcaide  
De Tijola con grande bando  
A socorrer á Seron.  
Que está puesto en aquel paso.  
Los que siguieron las moras  
Huyendo vuelven acaso  
De un escuadron muy crecido  
Que los venia cercando  
De moros arcabuceros  
Con un furor endiablado.  
El Maleh con gran socorro  
El rio viene marchando;  
El austriaco que lo vido  
A recoger ha mandado  
Que se toque prontamente,  
Recelando grave daño.  
Matanza hacen los moros  
En los cuitados cristianos,  
Que huyendo se retiran  
A su campo amedrentados.  
Llegó el Maleh con pujanza  
Muchos tiros disparando.  
El austriaco se defiende  
De aquel escuadron doblado.  
Sus cristianos recogiendo:  
Poco á poco y peleando  
Se retira el rio arriba

## CAPITULO XXIV.

Dicese cómo el señor don Juan puso cerco sobre Tijola, y la ganó á los moros, con otras cosas que pasaron en su conquista.

Luego que su Alteza dió fin á lo de Seron, mandó que el campo tomase la vuelta de Tijola, lugar antiguo y fortísimo, con un castillo inespugnable, fabricado sobre unas peñas muy altas y tajadas, donde los moros recogidos de todos aquellos lugares, como Urraca, Almuya, Bayarque y otros muchos, tenían depositadas sus prendas mas queridas, pareciéndoles estar seguros. Marchó el campo con el órden que designó su Alteza, y llegando á Tijola la Nue-

va, que era otro lugar que estaba en lo bajo, de donde los moros se habian ido, subiéndose á la poblacion antigua y castillo fuerte, asentó su real tomando la traza que era conveniente para estar mejor y con menos peligro. El asedio se puso en esta forma:

El tercio del señor don Juan, que era el de Antonio Moreno, se fijó en el lugar nuevo, acia la parte del rio. El tercio de don Lope de Figueroa se puso en lo alto de la montaña, á la parte del mediodía, en donde se obró luego una plataforma, y se plantaron seis buenos cañones de los de don Juan Manrique: esta plataforma estaba construida de suerte que tenia la tierra sitiada. A la parte de la tramontana, sobre el camino de Baza, se sentó el tercio de don Pedro de Padilla, adonde se plantaron otros seis cañones muy buenos; en el tercio de su Alteza no se pusieron cañones, porque estaba situado en una hondura. Sentado el campo en esta forma, y repartidos los tercios, mandó su Alteza que se comenzase á batir el fuerte por la parte del mediodía y la de tramontana; pero la artillería no hacia efecto ninguno, porque los cimientos de los muros estaban encajados en los peñascos, y entretejidas las obras, daban las balas en las peñas, y dellas botaban con tanta violencia, como si de allí salieran disparadas de cañones de la parte contraria. Vióse una bala destas rebatida dar en el llano de la huerta, y matar á dos bagajeros que estaban juntos, y otra pegar contra un olivo grande y hacerle pedazos. Entraban algunas balas en la tierra, pero no se reconocía el daño que hiciesen; y así determinó el señor don Juan que plantasen otras dos piezas en la ladera de mas abajo del tercio de don Lope, para que desde allí se pudiera batir un lienzo de muralla que por aquella parte se descubría; su Alteza dió el encargo de llevar aquellas piezas á dos capitanes zamoranos al lugar que habia designado.

Los zamoranos tenían muy buena gente, y la mandaron que subiera las piezas á fuerza de brazos, tirándolas con maromas; y muchos soldados, cargados de fajinas para hacer una trinchera y plataforma, comenzaron á subir por la cuesta arriba. Llegados al punto donde habia de hacerse la obra, reconocieron los moros su intento, y viendo que si se plantaban allí las dos piezas les causarían mucho daño, resolvieron estorbarlo; y así salió denodadamente un cuerpo de turcos y de moros, que dió en la gente de Zamora con tanto impetu y valor, que la puso en grande aprieto y confusión; de manera que hubo muchos soldados que con la fajina acuestas se volvian precipitadamente por la cuesta abajo, forzados del temor que sintieron de improviso. Siendo luego los zamoranos exhortados por sus capitanes volvieron la cara, y se trabó una brava escaramuza en que murieron algunos de ambas partes; al fin se plantaron las dos piezas, y se hizo la trinchera y plataforma, á pesar de los moros. En seguida se principió á batir aquel lienzo de muralla que mas se descubria, y las balas hicieron en él grande efecto; pero los moros le iban trasmurallando, escarmentados de lo que habia pasado en Galera, y temerosos de que les sucediera otro tanto. Con este recelo iban reparando el daño que causaba la batería, y por encima de las murallas tiraban á los nuestros con tanta certeza, que en pocos dias mataron á seis artilleros de los mejores del ejército, hiriéndolos á todos en la frente ó la cara, que era la parte mayor que se podia descubrir de su cuerpo. Con todo eso no dejaban los moros de estar poseídos de mucho miedo, imaginando trazas para escaparse de allí á su salvo sin ser sentidos; y así, un dia entrando en consejo de guerra sobre lo que habian de hacer, un moro anciano, llamado el Jumaimit, que tenia parte de judío, habló á todos desta manera:

«Hace ya veinte dias, valerosos capitanes moros y turcos, que estamos sitiados, y si nos obstinamos en aguardar otros veinte mas, nos perderemos totalmente como los de Galera; porque aunque es verdad que estamos pro-

veidos de lo necesario, tanto de bastimentos como de municiones, nos ha de faltar muy presto el agua, que es la mayor falta que podemos tener, especialmente habiendo niños y mujeres, gente de poco sufrimiento en casos semejantes. Fáltandonos lo que digo, y siendo al mismo tiempo grandes el poder y el empeño del enemigo que nos ha puesto sitio, de modo que no abandonará la empresa hasta haber allanado las peñas y murallas que nos defienden, y echando por tierra las casas, ¿qué fin se puede esperar? No otro por cierto que el de Galera. Pues si debe ser este, mas vale tomar uno de los dos medios que yo ahora diré, y sea aquel que mejor pareciere á todos. El primero es, que nos pongamos en manos del general cristiano, confiados en la generosidad de su noble ánimo. El segundo, desistir de la defensa, dejando la tierra una noche que el cielo nos depare cómoda para poderlo ejecutar sin que seamos sentidos, é irnos adonde está Avenabó. En llegando allá, allá y el tiempo dispondrán otra cosa que nos esté bien ó mal. Este es mi parecer; diga ahora el suyo aquel que le tuviere mejor y mas acertado, para que le recibamos todos de buena voluntad, buscando la propia salud.»

Con esto dió fin á su razonamiento el ajudaizado moro, y á todos pareció muy bien, trayendo á la memoria el fin doloroso de Galera, los trabajos pasados y presentes, los que esperaban venir, y la poca esperanza que tenían de remedio; por lo cual, de los dos extremos les parecia el mejor entregarse en las manos del rey, implorando su misericordia para acabar con tantas desventuras. Casi todos convinieron en este dictamen, y solo un moro infame, pariente del Maleh, opinó de contrario modo, y habló desta manera:

«Valientes capitanes, parientes y amigos: ya que la desventura, y por nuestros pecados Mahoma quiere que las banderas de los cristianos victoriosas nos hayan puesto en el presente apuro, de las dos cosas en que el capitán Jumaimit ha puesto nuestra última esperanza, la que me parece mas acertada es, aguardar la coyuntura de una noche tenebrosa y lluviosa ó en que esté nevando, y que aventuremos la fuga por la parte en que menos postas y centinelas hubiere; porque es cosa cierta, y no admite duda, que nos tienen tomados todos los pasos; y así nuestra salvacion depende de hurtarles el nombre que aquella noche les diere su general á los cristianos, para poder matar á sus centinelas mediante este ardid cuando no estuviesen durmiendo, y si durmieren, pasar con el menor rumor que sea posible, para echar adelante las mujeres y muchachos, acompañados de solos doce ó catorce manebos moros que las encaminen, y salir luego el resto de la demás gente. Si acaso pasando ó quedando ya poco de pasado nuestro escuadron fuésemos sentidos, y los cristianos tocasen á arma en noche tan oscura y tenebrosa, no conociendo ellos la tierra, tampoco osarian desmandarse en nuestro seguimiento. Así se podria escapar por la sierra de Bacares, que casi tocamos con la mano, y es muy áspera, en donde llegaríamos lo que mas nos conviniese. Tengo por mejor este acuerdo, que el de darnos á los cristianos, no sabiendo después de habernos entregado qué es lo que harán de nosotros, y especialmente de los turcos, á quienes no querrán dar pasaje para Africa. Este es mi parecer, y no se tome otro alguno, porque es el mas acertado.»

Oido este discurso, los capitanes turcos dijeron que el último medio propuesto, ó morir peleando, eran los únicos partidos que se podían tomar; y quedando todos conformes en este acuerdo, aguardaron la noche mas oscura y tenebrosa que el cielo les enviara para escaparse; y así movidos desta esperanza pasaron treinta ó mas dias de asedio, durante los cuales no dejó la artillería de hacer su obligación, aunque no pudo asaltarse el lugar, porque no

abrió bastante brecha por donde pudiera entrarse. Desde adentro tiraban los moros con escopetas, y no dejaban de hacer daño; pero al cabo deste tiempo quiso serles favorable la fortuna con lo que deseaban, siguiéndose un menguante de luna oscurísimo y lluvioso por las noches, en las cuales hicieron los moros un portillo, rompiendo la muralla por la parte que miraba á la sierra, con tanto secreto y disimulo que no fueron sentidos. Cuando le tuvieron abierto, á la hora en que los cristianos guardaban mas silencio, arrebujados en sus mantas para sustraerse á la inclemencia del cielo, y no mirando á la obligación de la milicia, especialmente la gente bisoña, que no enseñada á semejantes trabajos se ocupaban mas en dormir que en velar, iban echando los moros por aquel portillo á sus mujeres y niños, y les hacían tomar la vuelta de la sierra. Desta suerte se desahogaron de casi toda su gente inútil, y cuando ya no quedaba mas que la apta para la guerra, les sobrevino una noche todavía mas cómoda que las otras por la espesa niebla en que se envolvió, y en que á veinte pasos no era posible que se divisaran los unos á los otros. Recelando ya el señor don Juan la fuga del enemigo con tales noches y tan cómodo tiempo, mandó entonces que las postas perdidas se pusiesen mas arrimadas al lugar, y con todo eso los moros se aprovecharon de la favorable coyuntura, por la ocasión que vamos ahora á referir.

Ya hemos dado noticia del moro Tuzani que salió de Purchena para saber la suerte de Galera, y si era muerta ó viva la hermana del Maleh; dijimos cómo entró allí, la halló, la enterró, y después, que en hábito de cristiano, confiado en que hablaba clara y cortesanamente el castellano, se alistó bajo las banderas del señor don Juan, y siguió su real como buen soldado. Este Tuzani pues, con otros tres soldados, fueron por su turno en aquella noche puestos de centinelas, no muy lejos de las murallas del lugar, llevando por nombre *Santa Maria*, que les dió su sarjento, como es costumbre en la guerra. Estando ya en su puesto los tres ó cuatro soldados que le ocupan, es costumbre también que se repartan el tiempo de la centinela, distribuyéndole en tres pedazos, estando aquel á quien toca el primero velar, poco apartado de los demás que duermen, hasta el tiempo en que debe ser relevado; cuando acaba el uno se levanta el otro, y luego el que se le sigue hasta que viene el dia. Estando pues estos soldados en el puesto que va dicho, tocó al Tuzani ser el primero á estar de centinela; y lleno de malicia, después de haber hablado algun rato con sus compañeros, como es costumbre en tales ocasiones, les dijo: «camaradas, duerman vuestras mercedes á su placer y sin sobresalto, mientras yo sigo la primera vigilia, que es la mas larga, pues por servirles me tomaré este trabajo, y también desempeñaré una parte de la siguiente, que llaman *de la modorra*, porque conozco estas tierras, y estoy enseñado á andar por ellas sufriendo el frio y la nieve, como natural de Guadix, y que he pasado mi niñez yendo detrás de los ganados. Yo tengo para esto mas resistencia que vuestras mercedes, que no están acostumbrados al clima, y pasarían mucho trabajo. Si me siento fatigado, llamaré, y el que me siga concluirá el resto del tercio que le toque. Deste modo pasaremos todos menos mal una noche tan penosa como esta, que yo les aseguro no están ahora los moros dispuestos para salir de su fuerte; antes bien se decia hoy en el campo, que mañana querian entregarse al señor don Juan, y esto es lo mas cierto. En cuanto á lo demás que toque al órden de la milicia, pueden vuestras mercedes estar descuidados, que yo haré el deber por todos, si acaso acierta á venir la ronda, para que nos hallemos prontos y apercebidos como es razon.»

Los camaradas del Tuzani se lo agradecieron, teniendo en mucho; y como eran bisoños é inadvertidos de la malicia que pudiera tener el consejo, se entregaron gustosamente al reposo, bien abrigados con sus ferruclios.

Luego el Tuzani, algo separado dellos comenzó á pasearse un rato, como lo acostumbran los soldados para no dormirse, ó no dejarse llevar del sueño, el cual estaba aquella noche muy distante de sus ojos para poner en ejecución su mal intento. Serían ya las once de la noche, que es el remate del primer cuarto de vigilia, y empieza el siguiente de la modorra, cuando el Tuzani, discurriendo que el bando cristiano estaría ya recogido por la aspereza del temporal, que despedía un agua nieve frísima, agitada de un viento muy recio, y viendo que todas las postas cuidaban mas de abrigarse que de velar, se acercó lentamente á sus compañeros, y los halló dormidos, de suerte que los pudiera muy bien degollar; pero al verse seguro dellos se volvió de priesa acia la muralla, que por aquella parte estaba mas baja, y hallándose al pié della, sacó del seno un pito, el cual tocó para que sirviera de señal á los moros, siendo esta la que usaban para reconocer á los de sus banderas que traían recados. Apenas hubo tocado el pito, cuando desde el muro se le respondió por otro con igual disimulo; volvió el Tuzani á tocar, y fué del mismo modo correspondido, no tardando mucho en asomarse á la muralla un moro, que era el alcaide de Tijola en persona; preguntó en voz baja quién llamaba, y el Tuzani le dijo quien era, reconviéndole sobre qué aguardaban él y la demás gente, que en una noche tan tenebrosa como aquella no se salían del lugar para salvarse de la muerte. Dijo el moro que estaban esperando saber el nombre del campo para poderse salir por entre las primeras centinelas. Al punto se le reveló el Tuzani, y luego se retiró, diciéndole que echaran por aquella parte donde él estaba, para alcanzar su fin con mas comodidad. Con esto se apartó de la muralla, y volvió adonde había dejado á sus camaradas, que aun dormían á su sabor, exento su ánimo del cuidado que aguijaba á los del lugar y el Tuzani había tenido.

Muy alegre el alcaide de Tijola, y maravillado del servicio del Tuzani, que muy bien le había conocido, aunque no pudieron verse los dos por la espesura de la niebla, dió luego aviso á todos los moros y turcos que estaban en el lugar diciéndoles, que era llegada la hora de que saliesen, porque ya tenía el nombre del campo, y declaró quién se lo había comunicado. Todos los que conocían al Tuzani se admiraron deste atrevimiento, y aprestándose al punto para la fuga, abrieron el postigo y echaron delante á las mujeres que quedaban, acompañadas de manchos moros, á quienes el alcaide indicó el paraje por donde habían de tirar. Aunque el temporal era tan recio y la niebla tan densa, fueron á dar muy cerca de donde estaba el Tuzani, que sintió muy bien sus pasos; y ya había pasado la mayor parte de los moros cuando uno de los compañeros de aquel despertó, y mirando por el que rendía la guardia, que estaba muy cerca, le dijo: «¿es hora, señor camarada, de relevaros? ¿Quereis dormir?» El Tuzani respondió: «por Dios, que aun no me ha venido el sueño, y lo debe de causar el frío. — Ese me ha despertado á mí, dijo el soldado, y por eso quería andar un poco, que tengo los piés como un muerto. — Pues, señor, paseaos, y os calentareis,» dijo el Tuzani. El soldado se comenzó á pasear por allí, y apartándose un poco, oyó el rumor que llevaban los moros; pero no pudiendo ver lo que era por la oscuridad de la noche, se volvió al Tuzani, y le dijo: «no sé qué rumor he oído á la parte del lugar, que con la espesura de la niebla no he podido descubrir ni divisar cosa alguna; no sé qué podrá ser.» El Tuzani haciéndose el desentendido respondió: «¿no sean por ventura algunos pedazos de la muralla que se vayan desmenuzando, desmenuzados por la fuerza de las balas de la artillería? — Será muy posible,» dijo el soldado bisoño. Mas no tardó mucho en llegar muy cerca dellos una tropa de moros que se habían metido demasiado acia la postas cristianas, no pudiéndolas descubrir; y luego el compañero del Tuzani se adelantó un poco por aquella parte, y

divisando los bultos, dijo: qué gente. Le respondieron: Amigos. — Qué amigos, dijo el soldado; y le contestaron Santa Marta. Como el soldado vió que le habían dado el nombre, se volvió al Tuzani, y le dijo lo que pasaba. El Tuzani contestó: «sin duda es la ronda, que va visitando las postas; retirese con los amigos, que si llegaren acá, yo responderé.» Hizolo así el soldado, y el Tuzani se quedó solo, apartado un buen trecho de los demás. En todo este tiempo el escuadrón morisco no dejó de ir pasando adelante.

Ya iba corrido largo espacio del cuarto de la modorra, cuando de otra posta que estaba al otro lado del lugar fué sentido el rumor de los moros por algunas chinias que rodaban y se chocaban unas con otras; y como nada se veía por la oscuridad, ni podía alcanzarse de qué provenía aquel ruido, se estaban sin tomar ninguna resolución; mas luego un soldado viejo, que rendía el cuarto del alba, como experimentado en semejantes casos, quiso satisfacerse de todo punto; y así, caminando á la parte donde se sentía el rumor, no hubo andado muchos pasos cuando reconoció que era causado de los moros que se salían del lugar, desengañándole mas un niño que lloró en los brazos de quien le llevaba. Estando ya satisfecho de lo que era, gritó al instante: *Arma, arma, que se salen los moros del lugar.* Estas voces de arma no solamente se oyeron en aquel cuerpo de guardia, donde se tocó reciamente el tambor, sino también en donde estaba el Tuzani, quien principió en seguida á dar voces de *arma, arma, que se va el enemigo*, y corrió el grito hasta el cuerpo de guardia de don Lope de Figueroa. Luego se meneó todo el campo con mucha priesa, y acudieron los soldados en gran número á la parte del lugar para dar en los moros. Formóse allí una confusión habilónica, donde solo se oía *arma, arma* por todas partes, yendo los unos por un lado y los otros por otro, sin saber ninguno lo que se había de hacer. Don Lope, soltando media docena de mantas que tenía encima, daba voces á sus soldados para que se reconociese la causa del arma, y su Alteza se levantó y quiso también salir, pero no le consintieron que lo hiciera. Hubo muchos cristianos que pasaron de la otra parte del lugar, y llegaban á los moros gritando *arma*, haciendo estos lo mismo; de suerte que andaban todos turbados y revueltos, sin saber lo que habían de hacer. Hubo no pocos moros que, viéndose atajados por el camino que llevaban, se volvían donde estaban los cristianos, y pasaban por medio dellos sin ser conocidos, mediante la oscuridad de la niebla.

Imagínese ahora cada uno cuál andaría la pelea en semejante ocasion, no faltando mucho para que nuestros soldados se matasen unos á otros. Como no solo era oscura la noche, sino que llovía agua nieve, y hacía un viento muy recio y frío, todo cuanto se hiciese resultaría en daño de los nuestros; y así se tuvo por mejor acuerdo tocar á recoger, por evitar un peligro tan notorio. Pero fué esta señal por demás, pues los soldados en tropel, movidos de su codicia, sin temor de la oscuridad, ni arredrados del agua nieve que caía, acometieron al lugar intrépidamente, y recorriendo la muralla dieron en el postigo que estaba abierto, y rompieron con los que aun salían. Reconociendo los moros ser cristianos los que por allí entraban, comenzaron á lidiar con ellos, haciendo el último esfuerzo para echarse fuera, porque no los mataban estando adentro. Allí se principió una vivísima escaramuza, y los soldados que ya habían entrado abrieron la puerta del lugar, para que por ella entraran otros muchos y saquear las casas. Los cristianos comenzaron á quemarlas para andar seguros de los moros, si los hubiese, y levantando grandes hogueras por las calles, procuraron ver lo que andaba por ellas. Pero cuando se hizo esto quedaban ya muy pocos moros dentro del lugar, y fueron todos muertos. Sin embargo, donde murieron mas fué en la la-

nura del rio; al tiempo de que los prófugos subían á la sierra. Venida la mañana, fué reconocido todo el pueblo, y saqueado lo que en él había, viéndose los rastros en la nieve de la gente que se había salido, y el camino que habían tomado, que fué á Baeares y á Sierra.

Esta fuga del enemigo se ejecutó en día de Jueves Santo por la noche, y durante el asedio no sucedió otra cosa notable, sino lo que ya va dicho, y también el que Pagan de Oria, al tiempo de reconocer á Bavarque y á Tijola la Nueva, tuvo una escaramuza con una partida de moros que venían de Purchena, y mostró en ella ser un soldado muy valeroso. También se distinguió mucho Francisco Galtero, capitán de Murcia, cuando asistió con su gente á las compañías de Zamora que subieron á plantar las dos piezas de artillería, y los turcos dieron en ellos, como ya hemos declarado. Al otro día, Viernes Santo, llegó un moro con una bandera, y dió noticia de que el Maleh había salido de Purchena con siete compañías, y tomado la vuelta de la sierra de Filabres; por lo cual mandó el señor don Juan que marchase luego el campo á Purchena con intento de dejar en ella una buena garnicion de soldados, para que los enemigos no pudieran volver á alojarse allí. Dejaremos pues al señor don Juan caminando con su ejército á Purchena al otro día, sábado, vispera de la pascua de Resurreccion, y volveremos á decir algo sobre las cosas de los moros de Ronda.

Desbaratado y herido el Malique, salió de aquella sierra y fuerte en donde estaba estrechado por el ejército del duque de Arcos. En aquella misma noche juntó gran número de soldados suyos, que andaban prófugos y descariados como él, maldiciendo su corta ventura y renegando de Mahoma. Alejaronse de allí gran trecho de tierra, y al otro día por la mañana se halló el Malique con mas gente de la que pensaba; de suerte, que renunciando en él la esperanza de remedio, se fué á Rio Verde, y tomó por reparo y alojamiento una sierra que estaba allí cerca, llamada Sierra Blanquilla, muy áspera, y que sirvió de punto de reunion á todos los demás moros que andaban aun dispersos. Pero teniendo noticia el valeroso duque de Arcos de que el enemigo estaba allí muy poderoso, le fué á buscar, y llegando trabó luego con él una terrible batalla, en la cual fué muerto de un arcabuzazo el Malique, y toda su gente rompida y desbaratada. El duque los trató con dureza, porque después de haber muerto á muchos dellos, hizo á los demás rendir las armas y ponerse á discrecion, bien que algunos se pudieron pasar á Africa. Deste modo quedó apaciguada toda aquella tierra por el valor de su excelencia; y porque ya es razon dar fin á nuestra historia volveremos á tratar del campo del señor don Juan, que como hemos dicho, tomaba el camino de Purchena el sábado de la pascua de Flores.

Habiendo llegado su Alteza aquel mismo día á Purchena, y no hallando allí á ningun moro, el domingo de pascua los soldados comieron bizcocho, porque no llevaba el campo otra cosa, ni tampoco se hallaba. Allí pasó el señor don Juan toda la pascua; y después siguió con su ejército por el rio abajo hasta Cantoria, que también halló yerma. De allí fué á Arboleas y Zurjena, y pasando por junto de Vera dió en un lugar que se llama Autas; en seguida fué á Sorbas y Lobrin; de allí al rio de Aguas, á Uleila del Campo, á Tabernas, al rio de Almería, y llegó á Santa Cruz y á Terque. En uno destos dos lugares mandó su Alteza que se jugasen cañas cara á cara, al uso de Jerez de la Frontera, y el juego fué muy estremado. En este punto llegó el marqués de la Fabara con otros caballeros que venían de Guadix, y llegaron hasta allí á pesar de los moros, de lo que se maravilló todo el campo. Partió de aquí el señor don Juan con su ejército, y no paró hasta Andarax, en donde se juntó con el del duque de Sesá, quien se alegró mucho de la venida de su Alteza, y le hizo gran recibimiento. En seguida mandó el señor don Juan re-

formar el campo del duque, y que su excelencia se fuera á descansar á Granada, porque estaba quebrantada su salud, quedando al mando de su Alteza la gente de los dos campos.

Antes que pasemos mas adelante, convendrá declarar lo que hizo el moro Tuzani andando con uniforme de soldado entre el ejército del señor don Juan. Llevaba siempre este moro en su memoria la muerte que los cristianos dieron en Galera á la hermosa Maleha, que él tanto amaba, y por quien hizo lo que ya hemos referido cuando la halló muerta. Llevaba su retrato dentro del pecho, y tenía hecho juramento de vengar bien su muerte, si la fortuna le traía á las manos el cristiano que la mató; y así andaba siempre solícito, procurando la ocasion de su venganza. Para hallarla se introducía en todas las reuniones de soldados que encontraba, y como era tan bien razonado gustaban todos de su conversacion. Entre las diferentes cosas que se trataban, luego introducía él mañosamente la de la rota de Galera, diciéndoles: «señores, entre las acciones de guerra, acaso no se hallará otra de mayor mortandad de moros y moras, como la del fuerte de Galera: de mi parte confieso, que sin piedad ninguna maté por mi propia mano mas de cuarenta moras de las mas hermosas que había en el lugar, sin contar los niños y moros, que fueron muchísimos.» Oída esta razon por los demás soldados, luego, como es costumbre, iba diciendo cada uno lo que había hecho de muertes, robos y saqueos; y sucedió un día, que siguiendo este estilo de informacion, contestó un soldado al Tuzani:

«Pues si vos, señor soldado, habeis muerto á tantos en la rota de Galera, sin tener compasion de las mujeres y niños, yo digo que soy de corazon duro y acerado, porque finalmente, es accion que da mucha lástima matar á una mujer, en especial si es hermosa. ¿Qué culpa tenían las cuidadas de lo que hacían los hombres? Yo maté á una sola, y me dolió en el alma, particularmente después que la vi muerta, y me dijeron otras moras que quedaron vivas, que aquella que yo había matado era hermana del capitán Maleh de Purchena; y bien parecia ella ser una mora de grande estima por los buenos vestidos que llevaba puestos, las manillas y arracadas de oro, de todo lo que yo la despoje, dejándole solamente la camisa, que era harta rica; y esta se la dejé porque no mostrara sus carnes, quedándose desnuda. Aun me parece que la estoy viendo, y que la labor de la camisa era de seda verde y grana muy rica: otros soldados se la quisieron quitar, mas yo no lo permití, y me pesó mucho de haberla muerto, porque era la mora una de las damas mas bellas que tenía el mundo. Vive Dios, que estaba muerta, y mataba de amores á cuantos hombres la miraban, y que todos me maldecían esclamando: ¡mal haya el villano soldado que tal hizo, y privó al mundo de tanta hermosura! Mira tú cuál sería, que muchos soldados y capitanes iban á verla de propósito, y algun caballero dijo: si estuviera viva yo daría quinientos ducados por ella; otros decían: si yo la encontrara se la diera al rey, como uno de los regalos mas preciosos deste mundo. Porque, señor, el verla muerta, tendida en el suelo, con aquella camisa labrada, y los cabellos rubios como hebras de oro, esparcidos al rededor de su cuello, no parecia sino que era un ángel bellissimo. Llegó á tanto la admiracion, que un pintor afamado que viene aquí en el campo, y está en la compania del capitán Beltrán de la Peña, aquel mismo que mataron los moros en Galera, estuvo un dia entero sacando su retrato, y le salió tan al vivo, que encanta mirarle; de manera que ya ha habido un caballero que le ofrecía por él trescientos ducados, y el pintor los desestimó como trescientos maravedis. Por esto me maldecían tanto todos, que de corrido y avergonzado tuve que huir de allí, haciendo juramento de que no me sucedería otra, porque á fe de buen soldado, tengo todavía á la pobre mora atravesada en mi corazon.»

Mucha atención puso el moro Tuzani en las palabras del cristiano, y por ellas y las señas que daba conoció claramente que aquel había sido el asesino de la hermosa Maleha. Cada espresión que salía de su boca, ponderando la belleza de ella, era un agudo puñal con que le atravesaba el corazón; y así padeció tanto en oír aquella tristesísima tragedia, que al paso que el soldado hablaba, se le iba mudando la color, y vino á perderla de tal modo, que los demás soldados lo notaron; y maravillándose, le dijeron que cómo se demudaba de aquella suerte, y si había sentido algo, ó estaba mal dispuesto. Disimulando cuanto pudo el Tuzani, les respondió que no se sentía bueno después de haber bebido por la mañana un poco de agua con unas garrobas. Luego pregunta al soldado si le quedaba alguna ropa ó joya de aquella mora. «No me queda mas, respondió, de las arracadas y una sortija de oro que la quité del dedo; vendí lo demás en Baza por falta de dinero; y si ahora hallara quien me comprase dichas arracadas y la sortija, las vendería de buena gana por probar la fortuna. — Yo las compraré, dijo el Tuzani, y lo hago por llevarlas á Vélez el Blanco, y mostrárselas á una hermana de la difunta, que está allí siendo esclava del marqués de aquella tierra. — Venid pues conmigo al rancho, las vereis, y si os contenta pagarlas, os las llevaréis,» dijo el soldado. «Vamos allá, dijo el Tuzani, con licencia destos señores.»

Diciendo esto se marcharon el soldado y el Tuzani; y llegando al rancho, sacó aquel de un zurrón unos papeles, entre los cuales estaban metidas las arracadas y el anillo: prendas que este reconoció muy bien, como que las había visto muchas veces en poder de su dama. Mas no pudo verlas sin suspirar dolorosamente y venirle las lágrimas á los ojos de la ardiente pasión. Mas disimuló cuanto pudo, y preguntó qué debía dar por aquellas prendas. Concertáronse en seis ducados, aunque valían mas de veinte; pero entre soldados la necesidad y el tiempo hacen ó deshacen. Pagó luego las joyas el Tuzani, y las metió en su pecho, haciendo cuenta de que allí ponía á su señora, y díjole después al soldado, que si le placía podían pasear un poco fuera de Andarax. Con este concierto se alejaron bastante del pueblo, y viendo el Tuzani llegada la hora de su deseo, le dijo al soldado: «si yo os mostrara el retrato de aquella mora que matasteis, ¿le conoceríais? — Si le viera, respondió, no hay duda de que sí, porque me parece que no ha una hora que la maté, según la tengo en la memoria.» Metiendo entonces el Tuzani la mano en el seno, sacó del contraforro de su jubón un pergamino arrollado, y descogiéndole mostró al soldado el retrato, y le dijo: «¿es este por ventura el rostro de la hermosa Maleha?» Poniendo el soldado los ojos en la pintura, y maravillado de la semejanza, respondió: «este sin duda es, y me espanto de verle.» Díjole entonces el Tuzani: «di pues, soldado infame y falto de valor, ¿por qué mataste á tal belleza? Sabe que esa mora era todo mi bien, que tenía tratado de casarme con ella, y que villanamente me privaste de la única esperanza de toda mi felicidad; sabe que tengo de vengarla, y así pon mano á la espada, y defiéndete. Si no, ya que mataste á mi esposa, ó muere ó mátame á mí, y junta con mi sangre la de ella en los acerados filos de tu espada, triunfando de las dos vidas.» Diciendo estas palabras el Tuzani, acometió furiosamente al soldado para matarle; mas él, aunque espantado de tal novedad, no perdió punto de su ánimo, porque era valeroso, y arrostrando al Tuzani, se le opuso como un león, principiando los dos á darse de cuchilladas y batirse con el mayor esfuerzo. Mas el Tuzani, sobre muy valiente, era diestro en el manejo de la espada, y en virtud de su habilidad hirió malamente al soldado, diciéndole al mismo tiempo: «toma, infame, el justo galardón de tu descomedimiento, que te envía la hermosa Maleha, á quien mataste sin culpa.» El soldado, herido de muerte,

cayó en el suelo, y allí el moro cruel le dió otra estocada, no menos mortal que la primera, diciéndole: «dos heridas le diste á mi señora, y de otras dos debes morir.» En seguida envainó la espada y se retiró de allí, tomando la vuelta de la sierra, que no estaba lejos.

Mientras pasaba esto, algunos soldados que andaban fuera del lugar, y no estaban lejos de allí, vieron á los dos darse de cuchilladas, y corrieron acia ellos para ponerlos en paz; pero por pronto que llegaron, ya el Tuzani, después de haber herido malamente á su contrario, iba volando como el pensamiento acia la sierra. Acercándose los soldados al que quedaba herido, vieron que mostrando grande ánimo probaba á levantarse, mas luego tornaba á caer, no pudiendo tenerse en pié, y rogó á todos que le llevaran al lugar y llamasen á un confesor. Llevado á Andarax y diciendo quién era su capitán, vinieron luego los de su compañía, se le confesó y curó con mucha diligencia; y siendo preguntado sobre quién le había herido, y por qué causa, contó el soldado todo lo que había pasado, casi en los mismos términos que se ha referido. No tardó muchas horas en morir este soldado, que se llamaba Francisco Garcés: era natural de Peal de Becerro, y seguía la guerra con otros amigos á sus aventuras, sin sueldo alguno.

El Tuzani se metió en la sierra á eso de las cuatro de la tarde, y con la oscuridad de la noche se volvió á Andarax, donde ya le habían echado de menos sus camaradas, por no haberle visto después de comer; y preguntándole dónde había estado, respondió que jugando, sin declarar nada de lo que había pasado. Entonces se mudó de vestido y andaba paseándose por el real sin que nadie le conociese, porque donde había quince ó veinte mil hombres era fácil no dejarse conocer. Sucedió un día, que yendo el Tuzani por las inmediaciones del alojamiento del señor don Juan, fué conocido de aquel moro que llegó á Purchena con bandera de paz el viernes santo que se ganó á Tijola, dando aviso de que el Maleh se había marchado de Purchena con siete banderas. Este pues había tratado antes mucho al Tuzani, y aun entre los dos mediaba amistad; por lo cual, aunque andaba vestido con uniforme de cristiano, no por eso dejó de reconocerle, y mostrando grande alegría se fué en derechura á abrazarle, no sabiendo que andaba oculto. El Tuzani sobresaltado le dijo en algarabía que callase, y no le descubriese, porque en todo el campo se le tenía en el concepto de cristiano viejo. Disimuló por entonces el moro de Purchena, y dijo á algunos que le habían visto abrazar al Tuzani, que le conocía de su tierra por haberse criado en ella; y que allí todos los cristianos viejos entienden la algarabía. Deste modo se apartaron de los demás, y los dos anduvieron tres ó cuatro días juntos, durante los cuales el Tuzani contó al moro de Purchena todo lo que le había pasado desde que salió de allí, y cómo había muerto al soldado que quitó la vida á la hermosa Maleha, encargándole mucho el secreto. Espantado de cuanto oía el moro de Purchena, y principalmente de que diese á los moros de Tijola la noche de su evasión el nombre del campo cristiano, que era *Santa María*, como jamás en los moros se halló buena fe, ni estabilidad en una cosa, luego determinó este dar cuenta á su Alteza de cuanto el Tuzani le había dicho; y poniéndolo por obra, buscó al señor don Juan, y le dijo: «sepa vuestra Alteza, que en el campo anda un moro, llamado el Tuzani, en hábito de cristiano, el cual hace saber á los moros todo cuanto pasa en el ejército, y habrá dos días que mató á un soldado, porque había muerto á la hermana del Maleh en la entrada de Galera. Guárdese del vuestra Alteza, porque es hombre sagaz y de agudo ingenio, y mándele luego prender y dar muerte, que la tiene bien merecida por haber dado el nombre de la guarda del campo á los enemigos, poniéndole en peligro de perderlo todo, si Dios por su bondad no lo estorbara.»

Se quedó maravillado su Alteza de lo que aquel moro le contaba; y no queriendo que hubiese en el campo una persona que le pudiera dañar y hacer traición, le mandó que con toda diligencia y maña buscara al Tuzani, y le atrajera de modo que le pudiese prender. El morisco de Purchena prometió que así lo haría, y anduvo buscándole dos días por todo el campo sin poderle hallar, hasta que al tercero le vió, y preguntó en seguida dónde había estado. El Tuzani le respondió que en su posada, sin haber salido de Andarax; y deseoso este de saber para qué le buscaba, le habló el de Purchena deste modo: «ya sabes, amigo, que de mi propia voluntad vine á ponerme en las manos del señor don Juan, y le conté cómo el Maleh se había ido á Filabrés con siete banderas, pensando pasar de allí á juntarse con Avenabó. Ahora pues tengo que tratar ciertas cosas con el señor don Juan, y quisiera que estuvieses delante para que, como hombre advertido, terciaras en algo de lo que dijere.» El Tuzani, hombre leal, y que tenía en mucho los deberes de la amistad, dijo que de buena gana le acompañaría, cuando le pareciese conveniente ir á hablar con su Alteza. El de Purchena mostró que le importaba hacerlo cuanto antes, y así el Tuzani y él juntos fueron en seguida al alojamiento del príncipe, quien estaba á la sazón acompañado de muchos caballeros, y entre ellos los tres maeses de campo Antonio Moreno, don Pedro de Padilla, y don Lope de Figueroa, además de don Francisco de Velasco, que era aquel que vino al campo del duque de Sesá, con órdenes de su Majestad para contribuir en cuanto pudiese á que por buenos modos tuviese fin aquella guerra. Estábase tratando de ir á buscar al enemigo alojado en Vélez, y se había acordado hacer tres partes del ejército, para que cada una de ellas buscara por distinto rumbo á Avenabó, y no descansara mientras no acabase con él, yendo dejando por cada lugar gente de presidio, á fin de que en adelante los moros no pudieran alojarse en poblado.

Estando en esto, llegaron el moro de Purchena y el Tuzani, y dijeron al capitán de la guardia que querían hablar con su Alteza sobre negocios que le cumplían. El capitán entró luego el recado, y mandándoles entrar, dijo el moro de Purchena, después de haber hecho su mesura: «esclarecido príncipe, este es el camarada de quien tengo hablado á vuestra Alteza, y ambos venimos juntos á suplicarle, que si se digna de prestarnos atención, tratemos de ciertas cosas importantes.» El señor don Juan conoció luego al morisco; y como estaba ya advertido de lo que se trataba, mandó al capitán de la guardia que prendiera al instante á aquel soldado que venía con el moro, y le detuviese á buen recaudo: hizolo así el capitán, quitándole las armas. Luego entendió el Tuzani que aquel morisco le había vendido; pero no perdió por eso un punto de su ánimo, sino que preguntó al príncipe con modestia, por qué le mandaba prender. El señor don Juan le preguntó allí delante de todos de dónde era; y el Tuzani, conociendo que ya su Alteza estaría informado desto por el morisco, no quiso negar la verdad, antes bien con ánimo esforzado respondió, que era natural de un pueblo llamado Finis, situado entre Cantoria y Purchena; que era caballero, y se llamaba el Tuzani. Preguntóle el señor don Juan, por qué siendo morisco andaba con uniforme de soldado entre las banderas cristianas, y el Tuzani respondió así:

«Señor: sabrá vuestra Alteza que tomé este hábito por matar á un villano que vilmente asesinó á la mujer mas bella deste mundo, en la entrada de Galera, habiéndola podido cautivar, y esta señora era mi esposa. Yo juré buscar al soldado para darle muerte, y habrá dos días que le encontré en este campo y le maté, no muy lejos del lugar donde estamos. Esta es la verdad; haga ahora vuestra Alteza de mí lo que sea servido, que si muero, iré desta vida consolado, pues vengué la muerte de mi señora, que era

lo que mas deseaba en este mundo. Y aun tengo esperanza en Dios, que la he de ver después de muerta, y estoy seguro de que no tendrá queja de mí habiéndola vengado; mas he de morir cristiano, que en esta fe también murió mi señora, porque estábamos convenidos en que yo la sacaría de Galera y llevaría á Murcia, donde hablamos de vivir casados aguardando el fin desta guerra. Con estas miras rogó ella á su hermano el Maleh que la dejara venir á Galera, con achaque de ver á unos parientes que allí vivían, á fin de que tuviésemos una jornada mas breve que hacer. No quiso el bado que así fuese, porque unos traidores levantaron á Galera, y dieron motivo á que vuestra Alteza con su ejército la entrara, y muriese allí mi señora. Yo mismo fui á buscarla, la hallé muerta, y con lágrimas piadosas la di tierra; escribí encima de la sepultura su epitafio y mi dolor; juré vengarla, la vengué, y me puse este traje de cristiano, porque lo soy; he seguido tus reales banderas, y me mandas prender; si muero, moriré consolado, mandándolo un príncipe tan esclarecido. Mas en este caso, una sola cosa suplicaré á tu grandeza, y es que guardéis este que es el retrato de mi señora, no caiga en manos villanas é indignas de tocarle, juntamente con estas tres joyuelas, que aunque sean en sí de poco valor, tienen infinito precio habiendo sido suyas.»

Dijo esto el Tuzani sin mudarse la color de su rostro, y metiendo la mano en el seno, é hincando la rodilla, sacó del pergamino y las joyas, que alargó al príncipe. Su Alteza estaba maravillado de la serenidad con que el Tuzani había contado su historia, y compadecido de su mala fortuna se llegó á él, tomó el pergamino, las arracadas y la sortija, que estaban muy bien envueltas en un papel, y el Tuzani al tiempo de entregárselas á su Alteza, lanzó de lo íntimo de sus entrañas un profundísimo suspiro, como si entregando el retrato y las joyas, diera á su señora misma, y con ella el corazón. El señor don Juan, descogiendo el pergamino, vió el retrato de la hermosa Maleha; y maravillado de una belleza tan peregrina, le mostró á todos los caballeros que allí estaban, los cuales admirados tanto de la hermosura de la mora, como del verdadero amor que el moro la tenía, y de la entereza que había mostrado recitando su historia sin turbarse delante del príncipe, dijeron que el Tuzani no era digno de muerte, y que había obrado como caballero y soldado valeroso, vengando el asesinato de dama tan hermosa. Cada uno dellos aseguraba que en tal caso hiciera otro tanto, y que fué digno de ser muerto á manos del amante el soldado villano que había muerto á la hermosa Maleha; por lo cual, habiendo cumplido el moro con su deber, lejos de merecer castigo era digno de ser tenido en mucho.

El señor don Juan, viendo que todos aquellos capitanes y maeses de campo abonaban el valor del Tuzani, y que su juicio propio era conforme al parecer dellos en cuanto á su entrada en Galera, después de dos días ganada, y sobre haber vengado la muerte de su dama, le hubiera perdonado en seguida; pero se le puso por delante que había manifestado á los moros de Tijola, estando él de guardia, el nombre en que tenía confiada su seguridad todo el campo; y así delante de todos aquellos caballeros le dijo al Tuzani, que solo por eso era digno de que se le hiciera cuartos. Este entonces, exento de temor y con serenidad, respondió á su Alteza, diciendo: «no niego, valeroso príncipe, que el acto es digno de muerte, tomándolo así, y sin consideración á lo que fué intentado ejecutándole, y al fin que se pudo proponer; pero si se mira y saca de raíz el intento con que se hizo, se hallará que el haber dado dicho nombre á los moros de Tijola fué en provecho y utilidad del ejército de vuestra Alteza, porque si no se les diera entonces, no se ganaría la plaza en ciento ni en doscientos días, respecto á que se aguardaba como muy próximo el socorro de Avenabó, que teniendo treinta mil hombres de pelea hubiera dado á vuestra Alteza mucho en que

entender. Yo sabía que su pujanza es grande, y así con mi poca discrecion de milicia procuré que los de Tijola abandonasen el fuerte en que Avenabó y todos los suyos tenían puestos los ojos para su remedio, en tanto que llegaba el refuerzo de Africa, que efectivamente llegó al otro día á Castil de Ferro, y no desembarcó porque estaba batiendo á aquella plaza el duque de Sesa. Considerando todas estas circunstancias, quise, aunque hice mal de no dar antes parte de mi intento á vuestra Alteza, como era razon, evitar el daño de los cristianos, y asegurar el provecho que se les seguía de dejar los moros á Tijola. Yo, es verdad, les di el nombre, y con esto los engañé para que abandonaran la fortaleza, fugándose en aquella tenebrosa noche. Cuando sentí que casi nadie quedaba ya en el pueblo, grité *arma* por la parte de mi cuartel, habiendo oído que de otra parte se había sentido la fuga de los moros por el tercio de Nápoles. Moviése en seguida todo el campo, á pesar de la oscuridad de la noche; se tomó el fuerte, y los que primero allí entraron fueron los de mi tercio, que es el de don Lope de Figueroa, y yo con ellos; yo fui el primero que puse fuego á las casas é hice hogueras, para que los cristianos pudiesen ver lo que obraban y reconocieran á los moros; estos y sus mujeres se fueron dejando algunas reliquias suyas en tus poderosas manos; allí quedó muerto el alcaide de Tijola; y aun cuando se salvaron dos mil personas, quedó á vuestra Alteza lo principal, que era aquel fuerte en donde los moros, como tengo dicho, tenían puesta su esperanza. Sabed, señor, en compensacion de los que se fueron por mi causa, que de hoy en tres días se pondrá en tus reales manos rendido todo el poder de Avenabó; y en esto no cabe duda, porque yo lo sé del Maleh que estuvo anoche en tu campo sin ser conocido de otro ninguno mas que yo, quien preguntándole á qué había venido, me respondió que á reconocer tu ejército. Se espantó de verle, y salió amedrentado, diciendo que, á pesar de Avenabó, vendría él á rendir las armas, y haría que todo el reino se sometiese á tu obediencia. Lloró conmigo su desventura el valeroso capitán, arrepentido del mal término que ha usado con su rey y señor; yo lloré con él mi desdicha y la muerte de su querida hermana, mi señora; esto es lo que hay de cierto, y así, soberano príncipe, si me has de dar la muerte, sea pronto, y no me la dilates, porque se alargan mis penas, cuando saldré de todas ellas si luego me las das.

Aquí no pudo dejar el Tuzani de mostrar un vivo sentimiento, dando sus ojos testimonio de lo mucho que padecía. Viéndolo don Lope, y considerando el valor de tan buen soldado, se levantó echando dos ó tres por vidas, y dijo: «el soldado ha dado gran descargo de su persona, y no tiene por qué morir; yo le quiero en mi compañía, y que siga mis banderas. Mande vuestra Alteza que sea libre y se le devuelvan sus armas, que voto á tal, que si alguno matara á mi dama, no me contentaría con matarle á él solo, sino á todo su linaje.» El príncipe en vista de lo que don Lope y todos los demás que allí estaban decían, mandó soltar al Tuzani y que se le dieran sus armas. Entonces don Lope le dijo: «amigo, milita bajo de mis banderas, que yo me precio de llevar en ella soldados semejantes. Para que me sigais con mas voluntad, me llevaré el retrato de vuestra dama, que estando en mi poder podeis hacer cuenta de que está en el vuestro, y le haré poner en tabla para que no se maltrate.» El Tuzani respondió: «bien sé, inclito Marte, que así estará la causa de mi bien y de mi mal en tu poder; mas desde ahora hago cuenta de que pierdo á mi señora, y que no la veré mas; prometo servirte como leal soldado en todas ocasiones, aunque temo que ataje la muerte mi carrera, no viendo el retrato de mi dama.» Don Lope, como hombre que sabía muy bien lo que era estar amartelado, considerando que la falta del retrato podría causar al soldado una profunda melancolia, que tras ella cayese en la desespe-

ración y le causara una muerte repentina, le llamó y le entregó su retrato, diciendo: «yo ya sé lo que son estas cosas; tomad vuestro retrato, y guardadle para vuestro alivio y consuelo; pero atendid á andar siempre en mi compañía y cerca de mi persona, pues haré cuenta de que llevo con vos un amigo valeroso; ahora salios fuera, y aguardad hasta que yo salga.» El señor don Juan mandó dar sus arracadas al Tuzani, quien se salió del aposento, dejando á todos admirados de su noble proceder y mesura. El otro moro que le había vendido, pesaroso ya de lo que había hecho, y con temor del Tuzani, se salió aquella noche de Andarax, y se fué á Valor, donde estaba Avenabó. De allí adelante el Tuzani se llamó Fernando de Figueroa, y anduvo siempre en compañía de don Lope, ballándose en la naval, en la de Matrique, y en todas aquellas ocasiones en que se halló su capitán, no dejándole hasta que murió en Monzon. Entonces el Tuzani se vino á Villanueva de Alcardete, donde estaban los moriscos de Vélez el Rubio, porque allí tenía sobrinos, hijos de hermanos, y yo propio procuré verle yendo á Madrid en solicitud de un privilegio para un libro mio. Como yo estaba ya informado por algunos moriscos de la historia del Tuzani, tuve especial cuidado de buscarle y hablarle, y él me dió esta relacion que hemos contado. Vi el retrato de la hermosa Maleha, que le tenía puesto en tabla, y me pareció el rostro mas hermoso del mundo; en medio de ser pequeño tenía al rededor un letrero en arábigo que decía así:

*Day faty Maleha Aynia,*

que en castellano quiere decir: *señora hermosa de mis ojos.*

Volvamos ahora á nuestra historia para darla fin, ya que nos aguarda Avenabó lleno de mil pensamientos y temeroso de la muerte, con intencion de rendir las armas al señor don Juan; pero antes diremos un romance que se hizo á lo pasado, y es como sigue:

<p>Aquel castillo famoso, Que es de Tijola la Vieja, El de Austria con su poder Estrechamente le asedia. Con tres tercios le han ceñido Por el llano y por la sierra: Al mediodía don Lope Planta y hace su trinchera; A la parte tramontana Don Pedro Padilla asienta Su tercio muy sagazmente, Como aquel que lo entendiera; El buen Antonio Moreno Dentro en Tijola la Nueva, Donde asiste el buen don Juan Con la gente aventurera. En el un tercio y el otro Parece una y otra sierra; Trincheras se hacen luego, Plataformas á gran prisa; Plántanse doce cañones Para que batan la tierra. Sin otros dos que se ponen En medio de una ladera. Mas al plantar estos dos Grande escaramuza hubiera, Porque los moros lo estorbaban, Y los nuestros perseveraban; Los cuales son zamoranos, También de Toro y su tierra; Mas por ser los moros muchos Van perdiendo la ladera. Los socorre un capitán De Murcia con su bandera; Francisco Gallero ha nombre, El cual puesto en la pelea Hizo tanto, y pudo tanto, Que se plantan las dos piezas, A pesar del bando moro Que procura defenderlas. La tierra se hute luego, Las batallas dan en las peñas, Y en las torres y murallas</p>	<p>No hacen ninguna mella, Por estar muy encajada La obra y cimiento en ellas. Treinta días se han pasado; Los moros salirse acuerdan Una noche fría, oscura, Cual al caso conviniere. Llegó una noche cerrada, Que llueve, ventisca y nieva, Con terrible oscuridad, Que la causara una niebla. El nombre hurtan al campo, Que el Tuzani se lo diere. Con esto el moro se sale Marchando para la sierra. Mas no acaban de salir Cuando alarma se dió recia: Todo el campo se alborota, A la muralla se allega, Y con un valor terrible Se gana y toma la tierra. Los de Lorca los primeros, Por la muralla atraviesan, Y ponen fuego á las casas, Haciendo grandes hogueras, Porque viesen los cristianos Con quién tienen la pelea. Las dos eran de la noche Cuando cristianas banderas, Puestas en el alto alcázar, Que el aire las tremolea, España, España, diciendo Toda la gente de guerra, La Nueva y Vieja Tijola Por el rey Felipe quedan. Jueves Santo fue en la noche Cuando este asalto se diere: El campo se fué á Andarax, Donde está el duque de Sesa, El cual recibió muy bien Con su campo al de su Alteza. El duque se fué á Granada, Y el de Austria en Andarax queda.</p>
---	--

#### CAPITULO XXV.

El capitán Habaquí pide paces á su Alteza; tratase sobre ello, y se da fin á la guerra.

Triste, pensativo y muy corto de esperanza andaba el moro Audalla Avenabó al ver cuán mal se entablaban sus cosas, y que, desmayando sus gentes, no curaban ya de las armas, especialmente cuando llegaron las nuevas de

la pérdida del castillo de Tijola, donde todos tenían puesta su última esperanza; viendo que el turco no le asistía, que el de Marruecos no le había escrito, y que se había vuelto á Arjel el socorro que le vino de allí; que el hermano del rey de España, don Felipe, estaba en Andarax, y había juntado con su ejército el del duque de Sesa; que ya todas sus cuadrillas y capitanes no parecían, ni osaban parecer por los caminos, huyendo de oír el llanto de las mujeres y niños que andaban descarriados; no osando entrar en poblado, sino viviendo en las sierras y montes como animales, curtidos de frio, de las nieblas y soles, ateridos de hambre, y con muy corta esperanza de remedio; perdió de todo punto el ánimo, y dió de mano á la guerra, no permitiendo que por su causa se perdiesen tantas vidas. Así mandó llamar á consejo de guerra, y estando juntos todos los capitanes que á la sazón se hallaban en su campo, con las palabras mas tristes y sentidas, les habló desta manera:

«Valerosos capitanes, que habeis sostenido con tanto trabajo esta peligrosa guerra, sabed, que reconozco no ha podido hacerse mas de lo que hemos hecho, y que hemos llegado al fin della, sin poder llevar mas adelante nuestras esperanzas. El socorro que nos vino de Arjel se volvió sin tomar tierra en parte alguna; el turco no ha dado muestras de venir ni de querer saber en qué estado está la guerra; los reyes de Fez y Marruecos no han tenido consideracion ninguna de nuestros trabajos; y así en tal situacion, faltándonos estos socorros, mal podremos salir con lo pretendido. Los enemigos nos han tomado todas las fortalezas, y han puesto bastante gente de presidio en todos los lugares importantes; nos han asolado los panes, nos han llevado los ganados, nos faltan los bastimentos, y el hambre nos hace ya mas guerra que las armas; las mujeres y las criaturas padecen, y dicen que mas quieren morir ó ser cautivas, que tolerar mas tiempo su triste suerte. Por tanto, amigos y compañeros míos, tengo por conveniente que rindamos las armas al hermano de Felipe, á quien Dios presta tan soberana ventura; acabense de una vez los llantos, los sollozos, los suspiros y las muertes; suba el de Austria al punto sublime de la fortuna que el alto cielo le concede. Mas yo no tengo de rendirme á las banderas cristianas, porque así lo tengo jurado por Mahoma; me pasaré á Africa con el bando turco, y allí aguardaré el fin de mis días. Búsqese á los que quedaren la salud y la paz que tanto desean; y para esto vaya el capitán Habaquí, que es hombre que sabrá tratar con el hermano del rey un caso de tanta gravedad. Lo primero que pida sea, que al bando turco se le den bajeles, para que con toda seguridad pase al mar libico, sin que ningun daño se le haga en España, y que á los granadinos se les mantenga en sus tierras sin tomarles las haciendas. Haciendo esto el hermano de Felipe, serán luego firmadas y ratificadas las deseadas paces: este es mi dictamen y la última esperanza que nos resta. Ahora diga cada uno lo que siente sobre mi parecer; si es bueno, tómese, y si no, pase la guerra adelante, pues yo con morir correspondo á los inmensos trabajos que puedan sucedernos.»

Oído el razonamiento de Audalla Avenabó, todos los capitanes, así turcos como moros granadinos, tuvieron por acertado el designio de hacer las paces, como el único para que cesaran los trabajos y pesadumbres de que andaban todos tan cargados. Se acordó también procurar el bien de Avenabó para que no pasase á Africa sujeto á vivir en tierras ajenas; y concluido este acuerdo en el consejo de guerra para ajustar el tratado, se le dió al Habaquí una carta credencial, firmada y sellada de la mano de Avenabó. Luego que se extendió por todo el campo la voz de que se trataban medios de paz, el júbilo fué general, especialmente de parte de las mujeres que lloraban de alegría, y ya quisieran que estuviera todo concluido; mas largo se

les hacia aquel corto espacio de tiempo que quedaba de trabajos, que todos los pasados durante los dos ó tres años de la guerra. Los moros granadinos deseaban verse en sus lugares, y quietos en sus casas como antes solian, y arrebatados desta dulce esperanza, unos arrojaban las armas por el suelo, otros lloraban de contento y otros alzaban las manos al cielo, dando gracias á Dios por la merced que les hacia en acarrearles la paz; ya quisieran que el Habaquí hubiese partido al real de los cristianos para tratar de tan saludables medios.

Con efecto, luego salió este para Andarax, no menos deseoso que los demás de su bando de que Dios trajese á buen fin su negociacion, y en su compañía fueron solamente dos moriscos amigos suyos, llevando una bandera blanca en señal de paz. Cuando el Habaquí llegó cerca del campo de los cristianos, fué muy pronto observado y reconocido; por lo cual se pasó aviso al señor don Juan de que venian tres moros de paz con una bandera blanca. Mandó su Alteza que en llegando los llevasen á su posada. Y con efecto, el Habaquí se presentó á caballo con sus dos compañeros, muy bien aderezados todos, y preguntando por el señor don Juan, rogó que le dijese á su Alteza de parte del Habaquí, que venia á besarle los pies y tratar un negocio de alta importancia. Su Alteza mandó luego que entrase, y en seguida el Habaquí, apeándose de su caballo, se dirigió á la posada del príncipe, acompañado de algunos capitanes y soldados que salieron á recibirle de orden de su Alteza. Luego se hincó de rodillas ante la real presencia del señor don Juan, y se bajó para besarle los pies; mas su Alteza no lo consintió, antes levantándole del suelo le dijo, que fuese bien venido, y declaró el fin de su embajada. El discreto Habaquí sin turbacion de rostro, antes bien mostrándole muy sereno, con palabras llenas de admirable facundia, habló desta suerte:

«Honor y gloria del valor hispano,  
Hijo de Carlos inclito, famoso,  
A quien el alto cielo le apercibe  
Mil glorias inmortales y profusas;  
Que la fortuna muestra el rostro alegre  
Y le señala en su movible rueda  
Lugar sublime, puesto en lo mas alto:  
Yo soy el Habaquí, si en algun tiempo  
Mi nombre oíste andando en estas guerras,  
Porque también el hado á mi me puso  
En lista infame y torpe desvario,  
Haciéndome seguir injustas causas  
Siguiendo las banderas de los reos;  
Mas ya de todo el caso arrepentido,  
Con firme fe y propósito me pongo  
Delante de tu real acatamiento,  
Trayendo de Avenabó aquesta carta,  
Porque por ella entendas mi venida,  
Y que lo que tratares será cierto.  
Audalla pues te besa pies y manos,  
Y pide no se niegue tu clemencia  
Al reino de Granada, que humillado  
Y muy arrepentido la demanda,  
Y quiere reducirse y entregarse  
De toda voluntad á tu grandeza.  
Las armas rinden, póstranse las gentes,  
Perdon demandan de sus grandes yerros;  
Con lágrimas lo piden muy humildes:  
Los niños y mujeres ya te llaman  
Con lágrimas crecidas y gemidos,  
Y dicen que en tus manos quieren todos  
Morir, y no vivir en los desiertos  
Pasando hambres, muertes y trabajos.  
Pues, inclito varon, invicto Marte,  
La guerra cese, cese la ruina,  
Revolvian las banderas á las astas,  
Los parches de las cajas no se toquen,  
Los pifanos no suenen ni las trompas,  
La pólvora no haga mas estruendo,  
Los ecos por los valles no resuenen  
De la arcabuceria disparada,  
El humo de las piezas no parezca  
Al cielo remontando como nubes;  
Ya no los acerados hierros habén  
Verter la roja sangre por los campos;  
Su templo Jano cierre, y á sus puertas  
De la discordia el cuerno mas no suena;  
Haya paz, haya bien, haya contento,  
Todo se allane, todo sea justo.  
Paz y clemencia, príncipe, clemencia!  
Mirad el fuerte César vuestro padre,  
Que della se preció muy grandemente;  
Con los venidos era muy piadoso.  
No mas Marte, señor, no haya mas Marte;  
Felipe viva, viva tu grandeza,  
Vasallos somos todos como antes;  
Esténse como de antes las haciendas,  
Esténse como de antes los lugares,